

O J O S S I N L U Z

Por FERMIN YZURDIAGA LORCA

virgen, en la rueda de las torturas, de la degollación. El romano concibe sólo a Lucía con la firmeza de un mármol luminoso, sin poderla arrastrar a las debilidades del perjurio, ni el halago, ni la ceguera enfurecida de los pretores. Lucía, como Santa Agnes, como Agata, abre la gracia interna de su doncelez ante el altar del Espiso, en un escueto rito de catacumba, iluminado por la luz de los Evangelios y el perfume intacto de la rosa. Todo es cándido y acorde; un puro cuento de ángeles, en las historias y en las pinturas, en el dulce arte siciliano de Santa Lucía.

Pero la traducción española había de mojar en sangre su transparente mirada de cordera. Y le arrancó la luz de los ojos, con el fanatismo desgarrado con que Zurbarán y el "Greco" encarnaban los anacoretas, los Cristos y los caballeros. Claro que la leyenda había de concebirse con garbo español. Y fué que Lucía, así torpemente mirada por el lascivo Caballero, se arrancó los ojos de un ímpetu, arrojándolos fuera, rota la suave armonía de su rostro. Tenía que ser así. La virginidad a la española, puesta en trance de tentación, no permite la huida—tan aconsejada por los versados libros de castidad—ni la simulación, ni mucho menos el consenso. Es arriscada y altiva. Lucha y vence, aunque el laurel se empurple con el sacrificio de la propia sangre. Lo español exige a la joven Lucía que si fué el brillo penetrante de sus anchos ojos yesca donde abrasarse en perdición el Caballero, apague ella misma las llamas de su mirar, y las otras llamas de la pasión que le cercan. Sólo así parecerá digna de veneración y de ex votos, de correr en bellos romances los caminos, entre pastores, mozas y buhoneros, y de irradiar su alto patronazgo sobre los afligidos enfermos de la vista.

Pero, decididamente, por los ojos o con los ojos, hay un aviso infalible: "Si tu ojo te escandaliza, o es causa de pecado, sácatele y arrójale de ti: mejor es entrar tuerco en el reino de la gloria, que con los dos ojos sepultarse en el abismo". Y lo mismo del brazo, o de los pies, aconseja la palabra de Jesucristo.

Pues el español, con el brío de su carácter, junta la verdad evangélica con la hermosura de la Santa Syracusana; la españoliza, como heroína de un lance de amor—ultrajada por el Caballero de capa y espada—, para que luego la ingenua poesía de los romances traduzca aquella alta verdad falangista, "del entregar la existencia por la esencia" en agrias, pero adorables, estrofas de amor y de pasión. "Santa Lucía acorta la noche y alarga el día".



Tiene honduras de elogio el refrán. Como si la ofrenda de sus ojos cerrados recogieran las torpes sombras de nuestra noche amarga de la vida, abreviándolas, para que luzca antes el lucero de la mañana y la eternidad luminosa de nuestra bienaventuranza, con los dos soles de sus ojos, virginales y yertos, sobre la bandeja de su martirio.